

## LAS CAMPANAS DE ZOQUE (1)

«Oh the bells, bells, bells!  
What a tale their terror tells  
Of despair»!

EDG. ALLAN POE — *The bells*

Hace años bajaba la cuesta de Zoque, en compañía de un traficante con quien me había juntado en lo más escueto y desapacible del páramo. Era el hombre ingenuo y parlanchín a usanza de campesino pobre, y logró aliviarme el cansancio de la jornada contándome sus aventuras personales en la última guerra, las rivalidades y malquerencias de los vecinos de cuenta, y las ya legendarias discordias que siempre prosperaron a sombra de la política lugareña.

Poco más de media hora nos faltaba para llegar al pueblo, cuando se me antojó preguntar a mi compañero si por esos lados había noticias de algún *espanto* o aparecimiento nocturno, de tesoros indígenas, llamas errantes, almas en pena, consejas misteriosas, de algo, en fin, que tuviera apariencias sobrenaturales o diabólicas suficientes para clasificarlo entre las «cosas del otro mundo».

—Tocante a eso—me respondió el campesino—yo no he visto nada. En ocasiones me ha cogido la noche lejos de la población y muy adentro del monte; también he tenido que pasar por el cementerio al primer canto del gallo, pero —¡Dios me ampare y favorezca!— nunca me asustaron las ánimas benditas.

—Pero—añadí empeñado en averiguar casos fantásticos—no cuentan por acá sucesos raros en que tengan parte las brujas, los duendes, el diablo....

(1) Se recogió esta leyenda en territorio cundinamarqués. Los nombres propios de lugares se han reemplazado por voces chibchas de significación análoga.

—El diablo sí—repuso con presteza mi compañero—y puede sumerced preguntárselo a todos los vecinos viejos que de seguro no querrán engañarlo.

—Pues cuéntamelo tú—le dije muy contento—porque me faltan ganas y tiempo para poner en confesión a gentes que no me conocen.

Y lo que me contó el campesino de Zoque fue lo siguiente:

Por allá, en tiempos remotísimos, decidió el párroco de esta feligresía solemnizar la Pascua de Resurrección con campanas nuevas. Trató el asunto con los vecinos adinerados, recaudó onzas y patacones, y con las alforjas bien provistas, se encaminó a Santafé para negociar allí la fundición de las campanas y comprometer al Arzobispo para que fuera a bautizarlas el Domingo de Ramos. Apenas quedó cerrado el negocio y aceptada la invitación, tomó la vuelta de su domicilio porque la Cuaresma, ya muy cercana, no consentía mayores dilaciones.

Sin gran esfuerzo, me imagino la prisa que se daba el señor cura para llegar al pueblo antes que anoheciera. Porque son estos parajes descampados en demasía, sin reparo ni abrigo posibles contra las rachas destempladas que bajan de lo más alto de la cordillera para reñir y porfiar sin tregua en la palestra anchurosa de estos campos.... Por ahí va el señor cura muy doblada sobre el pecho la cabeza para hurtar el semblante al ventarrón y protegerse mejor con las haldas del sombrero; por ahí va burlado en su intento de arrebujarse entre los pliegues de su capa aguadera que a impulsos de las ráfagas ondea en torno del jinete o se descoge sobre las ancas de la cabalgadura; por ahí va distribuyendo alternativamente manotadas al sombrero y latigazos al rocín que ya va despeado.

En tal faena le sorprende el toque de oraciones: voz trémula y falsa del antiquísimo esquilón que colgó en su campanario el doctor Urbaneja. Años hacía que aquel sonido convocaba a los vecinos, publicaba sus duelos, consagraba sus goces y mecido por los vientos se esparcía por

todo el territorio parroquial; bronce roto y humilde que nunca había sonado tan mal en los oídos del cura como en este momento en que comparaba esas vibraciones tristes y caducas con las armónicas y robustas que habían de resonar en homenaje al Señor Resucitado. ¡Pobre esquilón cascado! ese toque desapacible y lastimero con que ahora despides el día y rememoras la Anunciación divina, suena también como aviso de tu próxima partida, porque presto serás desalojado de tu espadaña y si no te amenaza vil confinamiento en la atarazana de la iglesia, es porque te venderán, previo avalúo del albéitar de Zoque, en unos pocos reales que ayudarán al pago de tu sucesor.

Por respeto a la verdad histórica debo declarar que no eran estos los pensamientos del párroco; apenas nos es lícito conjeturar los vehementísimos deseos que tendría de concluir pronto su viaje y apearse medio entumecido a las puertas de la casona rectoral. Allá dentro le aguardaban el balandrán peludo y el becoquín de lana que le templarían por fuera mientras se le aderezaba el puchero humeante que acabaría de confortarle.

Y así debió de suceder sin que ello nos importe una higa seca ni tenga que ver con el meollo y enjundia del relato. Lo cierto es que yendo días y viniendo días entró la Cuaresma, menudearon los sermones de penitencia y no hubo viernes en que a boca de noche no se juntaran los vecinos en la iglesia para desnalgarse a puros disciplinazos y al són del Miserere.

Interrumpiéronse, no obstante, estos devotos ejercicios durante la semana de Pasión, a causa del anuncio que envió desde Santafé el maestro fundidor de las campanas: para el viernes inmediato prometía entregarlas en la plaza de Zoque. Puso el cura la noticia en adobo y la echó a volar por la feligresía, acudió el Alcalde y a voz de pregón dejó convocado al pueblo para el recibimiento; nombráronse, en fin, como es de uso y costumbre, los alféreces de la solemnidad y fue su primera providencia hacer requisa de arcabuces, escopetas y demás artefactos

tonitruosos con qué aturdir al vecindario el consabido viernes en demostración de regocijo.

El día antes aún duraban las señales de penitencia cuadregesimal; no se veían por la plaza y calles colindantes sino pendones de cofradías, judíos perdonavidas, nazarenos encapuchados y cruces muy envueltas en paños morados, que tal ha sido siempre el aparato procesional que se exhibe en este tiempo. Mas en amaneciendo el viernes y como si hubieran llovido aleluyas, hubo alegría para todos entrando en esta cuenta los que a fuerza de oír sermones sobre pecados públicos y pecadores reincidentes, sacrilegios y postrimerías, restituciones y malos tratos, andaban—y con harta razón—cabizcaídos, con semblante de «aquí yace» y ojos que parecían troneras de panteón.

Pasado el mediodía llegó al pueblo en volandas uno de los muchos indígenas que desde el amanecer atalayaban el camino por mandato del párroco. Y como sean ellos naturalmente esquivos y recelosos como cumple a una raza que por más de dos siglos sufrió la codicia insaciable y la rapacidad dolosa de los españoles, no pudo el mensajero desembuchar la noticia sino a costa de tropezones infinitos y con ayuda de torpes circunloquios. Súpose al cabo que a menos de una legua se divisaba un carro de bueyes que, por el acompañamiento que traía y por su andar pausado debía de ser portador de las campanas. Lo que no alcanzó a explicar el indio lo suplió con creces el regocijo del párroco, y sin más ni más salió con sus feligreses hasta donde empalma el camino de Zoque con el de Tinansucá.

Y llegó el carro precedido de gran golpe de gente, que venía haciéndole guardia desde los aledaños de Banzaca; diéronse todos la enhorabuena y siguieron atropelladamente hacia la plaza en donde al fin pararon los bueyes entontecidos por el sol y la fatiga no menos que por los gritos jubilosos de la turba y el estruendo de la escopetería.

Aquella misma tarde quedaron pendientes los tres

bronces de otros tantos andamios que a toda prisa se armaron en el atrio de la iglesia. Discurrían por allí los feligreses sin hartarse de mirar la corpulencia de las campanas, la doble faja de arabescos, filigranas y realces que por arriba y por abajo las rodeaban; sopesábanlas mentalmente y se atrevían algunos a deletrear los nombres santos que las señalaban, otros, los más, tañíanlas a coscorrones y a fe que era una gloria oír las murmurar en voz tenue las mismas notas que a golpe de badajo y con armoniosa pujanza habían de brotar luégo entre sus cavidades resonantes.

Pero la fiesta y el contento se aguaron con la noticia inopinada de que el Arzobispo no podía salir de la ciudad sino veinte días después, con lo cual se frustraban la solemnidad de la consagración proyectada para el Domingo de Ramos y el piadoso intento de estrenar las campanas con repiques de Gloria. Afligióse el cura, doliéronse los vecinos, lamentaron a una el sacristán, el Alcalde y los alféreces los preparativos ya tan adelantados, lastimáronse muchos porque les faltaba ocasión para dar tregua a los rigores cuaresmales, recogiose cada cual a su casa y quedó el lugar más que nunca triste y silencioso.

Lo que es el señor cura no sosegó en toda la noche, salió de casa con el alba y en cuanto dijo misa ordenó que se procediera sin tardanza a colocar las campanas en la torre. Pareció extraña la resolución, porque además de no servir para nada mientras no las consagrara el Arzobispo, sería menester volverlas a bajar con gran trabajo el día que su Ilustrísima determinara celebrar la ceremonia. Cumplióse, no obstante, la voluntad del párroco, pero con el desánimo y mal humor con que se obedece una orden disparatada o se trabaja en algo reconocidamente inútil y baldío. Por lo que atañe al esquilón viejo y cascado, a nadie se le ocurrió moverlo de su sitio, ni perturbar su pacífica e inmemorial posesión del campanario.

Tal vez por excusar impertinencias y ahorrarse explicaciones, no quiso el párroco franquear a nadie los mo-

tivos de su resolución: hasta es probable que la rara solitud con que se dedicó a disponer los oficios de la Semana Santa no fuera en realidad sino remedio a la desazón en que lo puso el Arzobispo o deseo laudable de resarcir con creces al vecindario por el chasco y afrenta que había sufrido. Sea como fuere, lo cierto es que aquel Domingo de Ramos fue de lo más pomposo que los lugareños habían visto: hizose, entre otras cosas, procesión a lo vivo, tiráronse al suelo muchas ramas conforme a lo que cuenta el Evangelio; el Jueves hubo lavatorio, notable en toda ocasión y más en ésta, por el tumulto de los espectadores que no se conformaban con no cerciorarse por vista de ojos de que el párroco besaba real y verdaderamente los pies de los apóstoles, quiero decir de los cofrades de la Cruz que los representaban. Y era de ver aquellas buenas gentes sudorosas, desgreñadas y anhelantes, estrujándose con furia para espiar el momento en que el señor cura acercaba los labios a aquellos pies curtidos y cascorvos, bien provistos de juanetes y hasta erizados de uno que otro pelo muy parecido a las cerdas por lo hirsuto y a los abrojos por lo punzante. ¡Ahora sí! ¡Ahora no! resoplaba satisfecho el concurso según le parecía que el beso era dado en el pie o se quedaba en el aire.

Algo más trágico y conmovedor fue el Descendimiento, porque en llegando el sermón al punto más conmovedor sonaron tres escopetazos tremebundos en el altar mayor; echaron mano el sacristán y cuantos por allí estaban disponibles, a los salvios, raques y tintos que formaban bosque en torno del Calvario, y los sacudieron con furia y constancia que aun en los terremotos de verdad no se consienten.

Ello fue ruidoso—¡quién lo duda!—pero se quedó muy a la zaga de la gresca y grito del Sábado Santo. El señor cura entonó un Gloria garbosísimo y—válganos Dios—rompieron las campanas nuevas en un repique extraordinariamente festivo, poderoso y concertado que dejó por

lo pronto suspensos y embobados a los feligreses y un momento después les desquició el juicio y los emborrachó de alegría. Revolviase por el aire presuroso y vehementemente el són múltiple y armónico del coro de bronce, que en esa hora interpretaron todo el júbilo que podía caber en pechos humanos. Dijérase que al conjuro de esta música vibrante y volandera se abrieron camino los raudales de alegría que estaban ocultos y como sofocados en estas almas rústicas. Y así como el sonido de las campanas nace de la liga de muchos metales, así esta alegría avasalladora nacía de la mezcla de todos los afectos y pasiones que hacen gozar a los hombres; allí brotaban atropelladamente el regocijo de la fe que contempla la gloria de su Dios resucitado y vencedor, y el regocijo propio de quien sin saber cómo se siente capaz de dominar la vida y encadenar la fortuna; allí el contento que traen el sol espléndido y las mieses opulentas; allí el himno interior que canta todo sér al firmamento azul y a la hermosura de la madre tierra; allí los loores de la paz calmada y la exaltación de los triunfos costosos....

Ahora me dirán que estos repiques de gloria tienen más de tentación diabólica que de rito piadoso, y no lo extraño, antes me parece lo más natural y creíble, supuestamente que las campanas aún no habían recibido el bautismo y consagración prescritos por la santa Iglesia, faltábales el exorcismo litúrgico y así ¿qué de raro tiene que Pateta hiciera de las suyas?

Y me confirmo en este pensamiento al reparar en la zambra que, según íbamos diciendo, armaron los vecinos al oír el primer repique del Sábado Santo. Porque, descontentados los gritos y aclamaciones que fueron sin cuento, cualquiera hubiera pensado estar entre locos de remate, viendo las cabriolas y zapatetas de los campesinos y cómo tiraban por lo alto monteras y caperuces; y lo que fue más escandaloso, faldellines y chircates. Sólo que estos vehementes indicios de intervención diabólica no fueron advertidos por los feligreses, quienes tuvieron

como cierto e indubitable que las campanas se tocaban solas, o lo que es igual, que allí había intervención sobrehumana, patente y exquisita; devota opinión que subsistió incólume a pesar del testimonio fehaciente de algunas personas que vieron hasta siete monaguillos repicando con gran denuedo y resolución.

No son para dichos aquí los plácemes que recibió el cura y que se dieron los vecinos por la adquisición de las campanas. Orondas y lucientes aparecían en los arcos de la torre; otras mejor labradas ni más sonoras no se conocían en ninguno de los pueblos comarcanos!

Entróse la tarde con amagos de borrasca, caso frecuente en el tiempo que corría; recogieronse todos desde la oración llenos de grata expectativa para el día siguiente Domingo de Pascua; mas apenas concluyó la carraça vieja de dar el toque de ánimas, cobró creces y se alzó a mayores el vendabal; aullaba el huracán a las puertas como perro perdido y como salteador invisible arremetía contra las puertas y los techos; oíasele mugir entre los cerros que protegen por la espalda a Zoque y veníase de allá con fragor de torrente inmenso como para esparcir de un soplo el caserío y aventar sus ruinas por la sabana; hacíase obedecer del aguacero y azotaba con él los cuatro costados de la plaza; y porque no faltase nada al horror de aquella noche, bamboléabanse las campanas y tañían sin concierto y descompasadamente. Oíanlas los vecinos y embargados como estaban por la pavora más atroz, parecían que pedían socorro contra un poderío formidable, contra unas manos espantosas que las tenían asidas y pugnaban por arrancarlas de la torre. Pero los nudos y remaches que las aseguraban ¡qué apretados estaban y qué recias eran las sogas y cadenas que las tenían sujetas! Mas el enemigo se embravecía con tanta resistencia cada vez sacudía los bronces con redoblada ira y más precipitados y lastimeros sonaban los toques. Retumbaron a lo último cuando llegó la media noche como clamor desesperado y medroso que pareció alejarse hacia los cerros

y dejar en pos de sí un rumor de agonía que al cabo se extinguió por completo.

Con esto remataron el huracán y la borrasca, e hizose lúgubre y profundísimo silencio hasta que los gallos cantaron su antífona pascual a la resurrección de la luz.

A favor de sus primeros resplandores se aventuraron por la plaza algunos vecinos ansiosos de averiguar los estragos de la borrasca nocturna. Pero sus pesquisas pararon ante el campanario cuya vista los dejó yertos y sin pulsos. Porque las campanas nuevas ya no estaban allí, y las escenas de diabólica violencia que imaginaron las gentes aquella noche infausta tenían todas las trazas de haber sido espantable realidad.

Un rato después la población entera se percataba del portento, y atando cabos entendió, sin sombra de duda, que al demonio y sólo al demonio debía achacarse el rapto de las campanas. ¡Con razón, afirmaban las comadres, que a eso de media noche habían sentido pestilencia de azufre! Y con más razón andaba el cura sobrecogido y turulado. Porque era muy natural que el diablo, después de robarse las campanas en castigo de haber repicado sin estar benditas, cargase luego con el párroco que las hizo colocar en la torre sin aguardar la llegada del señor Arzobispo y con menosprecio de todas las leyes litúrgicas y canónicas. Por dicha no llegaron las tropelías infernales a tal extremo y los diablos se abstuvieron de poner manos violentas en el ungido del Señor que de allí a poco sucumbió herido de melancolía.

Pero desde entonces cada Viernes Santo oyen los feligreses el triste tañer de unas campanas en lo más enriscado y lóbrego del cerro. A todos es notorio que no son sino las mismas que antaño arrebató el demonio, pero nadie ha sabido explicar por qué suenan a tiempo que enmudecen las de toda la cristiandad en homenaje a la Pasión y muerte del Redentor.

Lo único verosímil es que el Maligno, no obstante la derrota y vencimiento que se le anuncia en tales días, ad-

vierte a campanadas que aún subsiste su tenebroso poderío sobre aquellos que se abrazan con las apariencias y no ponen mientes en el íntimo y real significado del Rescate Divino. A ellos va enderezada esta sentencia: «Tienen ojos y no ven, oídos y no oyen».

¿Por qué no ha de ser esta la verdad que el pueblo envolvió en complicado ropaje de leyenda? . . .

LUIS SORACTA  
Colegial

## CONFERENCIA

dictada en la clase de Historia Natural por su alumno el S. D. Benjamín Mera S.

### I

#### HISTORIA DE LA PALEONTOLOGÍA

Voz propuesta por Blainville; como ciencia independiente data del siglo XIX y puede decirse que ha sido creada por Cuvier, pues antes de éste los fósiles no habían sido estudiados profundamente ni ordenadamente, aunque sí llamaban la atención de los sabios.

Su historia la dividimos en tres períodos:

1. *Época anterior a Cuvier*—Interroguemos a los sabios antiguos: Heródoto afirma que los egipcios desconocían las conchas fósiles atribuyéndoseles un origen marino y considera que Egipto había estado bajo las aguas marinas, cosa que está hoy demostrada científicamente. Aristóteles, Chenofones, Estrabón habían pretendido explicar su origen de manera vaga. Otros escritores griegos y romanos conceptuaban que el mar ocupó lo que ahora es tierra firme sólo fragmentariamente. Únicamente el orgulloso Empédocles indica la existencia de huesos del hipopó-